

3  
1473

JOSE DE BUSTOS Y MIGUEL

# Oración inaugural

del curso de 1922 a 1923 en  
la Universidad de Salamanca.



SALAMANCA  
Imprenta y Librería de Francisco Núñez Izquierdo  
Ramos del Manzano, 42, y Rúa, 25  
1922



VNI VERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO S. SALES

3  
LMB

ORACIÓN INAUGURAL  
DEL CURSO ACADÉMICO  
DE 1922 A 1923



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



# ORACION INAUGURAL

LEIDA EN LA APERTURA DEL  
CURSO ACADEMICO DE 1922  
A 1923 POR EL DOCTOR

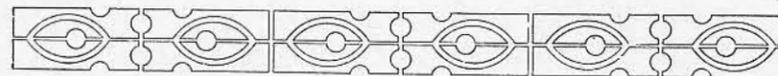
**D. JOSE DE BUSTOS Y MIGUEL**

CATEDRATICO DE LA FACULTAD DE  
CIENCIAS DE ESTA UNIVERSIDAD



Imp. y Lib. de F. Núñez Izquierdo  
Ramos del Manzano, 42, y Rúa, 25  
SALAMANCA  
1922





**Ilustrísimo Señor:**

**Señores:**

**E**l régimen autonómico que se nos ha concedido plantea graves cuestiones a los universitarios y obliga a quien haya de llevar la voz del Claustro, en este acto, a tratar algún asunto relacionado con el nuevo modo de vivir. Las palabras del que sube hoy a esta tribuna disonarán, a buen seguro, de las pronunciadas en ocasiones análogas por los dignos profesores encargados de la oración inaugural y de las brillantes conferencias dadas por propios y extraños, desde este sitio, en el curso que ayer terminó. Sirva de disculpa a mi deficiencia que no vengo aquí por voluntad, ni aun por la suerte, sino por la mala ventura para todos de que tenga que sustituir en este encargo a un apreciable maestro, que por imposibilidad material, no puede cumplir, del modo que él sabría hacerlo, este honroso cometido. No confío en que acierte en el desenvolvimiento del tema que me propongo tratar. Deseo, sí, que os ofrezca interés para que ahora me presteis atención y sirva más tarde de materia para vuestras meditaciones.

Definida la Universidad como una institución que aspira a continuar y fomentar la cultura patria, cooperar a los progresos de la ciencia, difundir el saber entre las demás



clases sociales, preparar para las carreras científicas y educar integralmente a los alumnos, bien hubieran podido quedar reducidas a dos estas funciones: contribuir al desarrollo de la ciencia y habilitar a los estudiantes para el ejercicio de sus profesiones respectivas; o sea, a investigar la verdad y a enseñarla, ya porque en éstos, como veremos, están incluidos los demás fines, ya porque los otros han sido para los universitarios hasta ahora algo que, si hemos perseguido, se halla muy lejano del concepto que se tiene entre el vulgo de los estudios oficiales; concepto que acaso no podamos en mucho tiempo, y aún empleando nuestros mayores esfuerzos y más decidida voluntad cambiar, rompiendo la circunferencia de pequeño radio que por tradición, o por lo que sea, aprisiona y estrecha nuestra misión educadora, nuestra actuación social.

Hay más: La Universidad del Estado, tal como la hemos entendido y como temo que tendremos que seguir concibiéndola, es casi exclusivamente docente; el otro fin, el de investigar, acaso no se le tuvo en cuenta lo bastante en el régimen anterior; asimismo, en el nuevo, tampoco está suficientemente atendido: se consigna en el precepto oficial, pero no se facilitan los medios para llevarlo a cabo; se cree por muchos que debe ser en gran parte el objeto de nuestra labor, pero se sigue por pocos; es para todos *un desideratum*, pero se tropieza, cuando se va en pos de él, con los obstáculos tradicionales, con las cortapisas que se oponen a la novedad, con los inconvenientes que encuentra quien aspira a realizar un ideal cualquiera. Sea por lo que sea, el fin más importante de la Universidad para la mayoría, al menos, de los pensadores vulgares, es el docente; los doctores son maestros: enseñan, no investigan; los alumnos sólo aprenden la ciencia constituida.

Verdad es que en la instrucción del alumno, si se lleva a cabo del modo debido, se atiende ya a educarle supuesto que aquélla obliga a seguir, en la adquisición de la verdad, un método adecuado a la clase de conocimientos que

se desea conseguir, lo que exige una gimnasia intelectual bien dirigida; pero claro se ve que no es esa la educación a que se refiere el Estatuto, sino a la que, de índole más moral que científica, aspira a procurar a los alumnos un ambiente de austeridad, de generosidad, de noble afición al estudio y de sanas costumbres. Así debe ser, en efecto, y yo no pongo a lo que se pide más reparo, que el de ser deficiente. El profesor, en este orden de cosas, debe tomar más participación que la de procurar a sus discípulos un ambiente sano: debe contribuir de un modo más activo al desarrollo de las cualidades que son fruto de la educación; como el buen jardinero, no sólo ha de proporcionar sol y aire al vegetal, sino que ha de laborar la tierra y cultivar el germen que está allí depositado y atender luego, con su trabajo, al lozano crecimiento de la planta.

En cuanto al otro fin, el de difundir la cultura entre las demás clases sociales, no cabe duda que aún sin proponérselo directamente los profesores, y prescindiendo de lo que en los escritos y conferencias puedan aprender las personas que no formen parte de la escuela, sólo por el hecho de haber un centro donde se investigue y enseñe la verdad a quien de ella ha menester ó la busca gustoso, se extenderá el saber científico, como la obra educadora, a otros sectores sociales por los catedráticos, y aún por los estudiantes mismos, si lo son de veras, cuando lleguen a contemplar otros horizontes distintos de los vulgares y groseros que la vida de incultura les ofrece; a levantar el velo que cubre los arcanos del cosmos o del hombre; a darse cuenta del papel que la persona instruída hace en el mundo: de suerte que se coloquen, maestros y discípulos, en un plano elevado sobre el nivel común, de donde irradie la luz de sus conocimientos y el efecto moralizador de su ejemplo. Bien así como en la antigüedad creyeron los filósofos que era el hombre —y no les faltaba razón en cierto sentido— y la Tierra, por ser morada suya, el centro del Universo que giraría alrededor de aquél, acaso no más que para darle un espec-



táculo agradable o para poner constantemente a su contemplación los arquetipos de los seres que admitió la razón o creó la fantasía, de donde él procede o imagina proceder y a donde colocó su destino, aspirando a ser inmortal y de otro barro como los dioses y héroes, habitantes de esos cielos, que mira con los ojos materiales, y puebla con las elucubraciones de su espíritu.

Explicada la misión de la Universidad se comprende que para desempeñarla debidamente ha de tener el profesor condiciones especiales de inteligencia y de carácter que le permitan servir aquel delicado ministerio.\* Obsérvese a este propósito, que el mérito de las acciones humanas crece con la diferencia de capacidad que hay para realizarlas entre quienes las producen y la de aquellos a quienes trasciende; que la verdad causa en la razón, como la emoción en el espíritu y como la bala en el hueso a que hiere, un efecto que depende tanto de la intensidad del agente—interés del conocimiento, magnitud emotiva, energía del proyectil— como de la resistencia del receptor que es incultura en el primer caso, apatía en el segundo, dureza del órgano herido en el tercero. Nótese igualmente que de las cualidades aquellas depende, más acaso que de la profundidad del saber en la rama de la ciencia que cultiva, el éxito del profesor y no sólo el relacionado más directamente con el fin social señalado en el Estatuto, sino con los que se refieren a la preparación del alumno necesaria para el desempeño luego del cometido profesional.

¿Cuántas y cuáles deben ser estas cualidades? Ya se comprende por lo dicho que muchas y variadas. Merecen ser conocidas pero no pueden incluirse todas en un trabajo como el que se me ha encargado. Me limitaré a estudiar una de ellas cual es la *vocación a la enseñanza* de que debe estar adornado el maestro y procuraré cumplir mi cometido dentro del espacio que se me concede y de lo que consienten mis fuerzas. Discurriré sobre lo que es dicha cualidad, cómo nace y se desarrolla y qué efectos produce. De-

biera hacerse un estudio detenido porque el asunto no ha sido tratado como se merece hasta ahora y, si no al modo como un naturalista describe una planta o un biólogo una función orgánica, porque es muy distinta la índole de uno y otros sujetos del conocimiento, sí análogo a como el psicólogo estudia una facultad del alma, o el moralista una cualidad ética, o el político un estado de un pueblo en relación con el medio en que se desenvuelve. Hay que dilucidar su esencia, su génesis, su evolución, sus resultados; hacer análisis de los elementos que la constituyen, de las causas a que se debe, de los caracteres que la convienen; hay que considerarla como un concepto lógico, como un ente de razón. Indicar el tema es señalar su importancia. Lástima es que sea yo quien tenga que desarrollarle.

## II

\* Es la vocación a la enseñanza una cualidad humana que puede definirse: tendencia del espíritu a comunicar las verdades que posee haciéndolo de modo espontáneo, placentero y altruista. Es compleja, interviniendo en ella estas tres facultades del alma: la sensibilidad, por el placer que el dejarse llevar de la vocación proporciona, la inteligencia suministrando los materiales *substratum* de la vocación y la voluntad que apetece y busca el bien, consistente aquí en el provecho del prójimo. Naturalidad en su origen, agrado en su realización, ausencia de egoísmo en su fin: he aquí sus caracteres; el último sobre los otros la distingue. El que enseña sin gusto, quien tiene las energías espirituales empleadas en otra obra especulativa o práctica, quien difunde la cultura por el estímulo de paga, medro personal, ambición, aunque sea de fama o gloria, ese no está llamado a la enseñanza. Salgamos al encuentro de una observación. Notemos que una cosa es tener vocación a enseñar y otra profesar la enseñanza; la primera es desinteresada como modo de ser del espíritu, como labor que le es nece-



saria, como pábulo de su vida; la segunda admite y más, como es obvio, debe ser recompensada por quien recibe el beneficio, y espléndidamente, si se atiende al tiempo y al trabajo gastados en procurar los conocimientos y en transmitirlos, haciendo de este ministerio la ocupación principal de una vida. En la coincidencia de una y otra, la de tener vocación a enseñar y la de ejercer el profesorado, está el secreto de organizar un buen cuerpo docente.

¿Pero es que existe esta tendencia? ¿Es que hay en realidad una vocación a la enseñanza? Sí; la hay y no es preciso, para demostrarlo, más que señalar lo que nos dice la observación diaria. Entre las diversas manifestaciones del espíritu humano, entre las energías que despliega, hay la de comunicar a los demás las verdades que por un medio u otro llegó a adquirir, análoga a la que existe, en otro orden, de dirigir la voluntad y en consecuencia ajustar la vida moral —síntesis de las funciones del alma, más o menos influida por lo corpóreo, según explican los filósofos— hacia el punto de vista religioso enderezando todas las actividades del ser a la consecución de una eterna felicidad, previos los trabajos y sacrificios realizados en la vida temporal; como hay la de hacer el bien, bajo forma de fundaciones o donativos, sin recompensa exterior, que tienen algunas personas a la manera, acertada o no, que su inteligencia y cultura les indican; como hay la de dedicar todo el tiempo y actividad a descubrir verdades ocultas, o a profesar un arte liberal, o a ejercer ciertos oficios, a lo que se ve inclinado el sujeto por su contextura orgánica quizás, pero acaso, también, por su constitución psíquica. Existe, sí, la vocación como tendencia, como apetito, como dirección determinada de fuerzas y de movimientos del ánimo. Como la fuente atrae al sediento, como va el hierro al imán, así es atraído hacia la enseñanza el hombre que posee aquella cualidad.

Plantéase aquí un grave problema al pensador. El de averiguar si lo orientación de las potencias anímicas, hacia

un fin determinado, es debida a causas que residen en el sujeto en quien aquellas encarnan o es efecto del poder del centro de atracción; si los agentes directores son no más que la cuantía y clase de las facultades dirigidas o consisten en la magnitud y virtualidad del punto director; en otros términos, si aquella disposición es intrínseca al espíritu humano o es extrínseca y asienta en el polo hacia donde apuntan las actividades. A quien, como yo, estudia la cualidad que nos ocupa como ente de razón, según he manifestado ya, no le parecerá ilógica esta abstrusa pregunta y encontrará muy natural la duda quien detenga su pensamiento en este punto. La comparación de lo que sucede en este orden de cosas con lo que pasa en fenómenos parecidos, aunque de naturaleza distinta, contribuirá quizás a esclarecer el problema planteado. Por fortuna, hechos de esta índole abundan en la naturaleza material y en la vida del espíritu.

Pertenece a ellos, entre los primeros: la caída de los graves al centro de la Tierra, la orientación de los imanes y solenoides, la dirección de las masas ígneas en los torbellinos inmensos de las manchas solares, la colocación en ciertos planos de las ondulaciones del éter en la luz polarizada, la marcha de los iones en la electrolisis, etc. Y en lo biológico la proporción y dirección, al parecer establecida a priori, de las fuerzas que juegan en las grandes manifestaciones vitales, v. gr., en el equilibrio nutritivo y el cómo se comportan muchas en número y variadas para que se produzca hasta el más sencillo determinado movimiento instintivo o voluntario. Decía un gran médico que con sólo el estudio de la articulación del dedo pulgar podía probarse la existencia de Dios, lo que equivale a decir que resultan las funciones de este órgano, como las de todos, de una ordenación adecuada de fuerzas en dirección y en cantidad. A esta clase de hechos pertenecen también la selección que de los elementos constituyentes de la sangre, tan variados, hacen las diversas células para nutrirse y multiplicarse y el



ascenso de la savia en época determinada en los vegetales y el neurotropismo de algunas sustancias químicas y el acúmulo de los leucocitos que en la teoría fagocitaria forman la barrera contra la infección y las grandes resultantes, como la talla, la figura específica, etc., de los seres vivos.

Aproximándonos a nuestro caso vemos también orientarse frecuentemente las muchedumbres hacia un norte biológico, intelectual o ético, de suerte que parecen quedar burladas las leyes de la libertad moral en un conjunto de individuos independientes, al parecer, cuyas fuerzas inmensas en número, se encaminan a la consecución de un fin que en ocasiones no afecta de un modo directo a alguno de ellos, que a veces es contrario a lo que diputamos lógico, que no siempre trae provecho a los autores. ¿Qué otra cosa son sino los movimientos sociales? ¿Qué significan esas grandes mutaciones de hombres en la historia que dan lugar a la dispersión de la familia humana desde su centro o sus centros de origen, a la invasión de los pueblos bárbaros, a la expansión del Islamismo, a las Cruzadas de la edad media, a las grandes emigraciones a Indias en los siglos xv y xvi, a la Revolución francesa, al reciente Comunismo, etc.? ¿Pero qué más? ¿No están orientándose ahora mismo las naciones, después de la gran guerra, en el sentido, resulte o fracase el intento, de afianzar la paz, de disminuir las plagas de la sociedad, de montar la organización del mundo sobre bases nuevas, que llaman de justicia y de progreso?

A nosotros, para el objeto a que he traído a cuento estos fenómenos, no nos interesan los motivos que los explican, ni si serán útiles a la Humanidad. Debemos ver solamente en ellos una orientación de energías del individuo o de las muchedumbres, un paralelismo de acciones personales o de las sociedades, una atracción hacia un punto, análoga (prescindiendo naturalmente de la clase de fuerzas actuantes), a las corrientes de las superficies de los mares o de las capas atmosféricas; y en los fenómenos psicológicos y

en los movimientos de las masas conscientes y en el sentir común de los elementos directores de los pueblos, cabe pensar si está en los sujetos mismos la virtud que les hace marchar en dirección determinada o es, no ajeno, pero sí extraño, el agente poderoso que las mueve y que hace coincidir tan numerosos pensamientos y pone en paralelismo tan distintas voluntades.

Ya sé yo que por alguna escuela se admite el papel de la Providencia en la historia, como el de las causas finales en la vida de los organismos y yo no tengo por qué discutir tales doctrinas. Lo que se vé es que hay leyes que rigen a la sociedad humana, mejor debiera decirse a las naciones civilizadas y que a ellas se han de atener en su vivir. Pensando a lo físico, pareceme que estas leyes tienen menos valor que el que se les quiere dar por sus partidarios; pues son, por su origen, completamente empíricas establecidas *a posteriori* de la observación fenoménica; y de utilidad escasa en cuanto que no pueden predecir el destino del pueblo o de la nación, en un caso concreto. Apartándome de este punto escabroso por no serme necesario tratarle y ciñéndome a la cuestión que estoy desarrollando, aprovecho lo dicho sólo para hacer notar cómo, en uno y en otro orden de hechos, hay un problema de la misma índole y que en lo tocante al nuestro podemos formular así: la vocación a la enseñanza ¿es cosa propia de la inteligencia, sensibilidad y voluntad del hombre que la tiene o es producida por algo que existe fuera de él, v. gr., en la sociedad en que vive, en el ambiente en que se mueve, en las circunstancias de lugar y tiempo que le rodean, obligándole a caminar en determinada dirección?

Claro es que podría aquél eludirse considerando desde luego el llamamiento al magisterio como un don del cielo, a semejanza de la gracia. «El que ha recibido el don de enseñar aplíquese a enseñar», dice San Pablo en una de sus cartas dirigida a los romanos, pero aun admitiendo aquél como un regalo divino queda para pensar, cómo se adquie-



re, esto es, por qué medios y en qué casos se nos concede esa donación, ya que no debe ser a título completamente gratuito. El filósofo debe enfocar la cuestión desde otro punto de vista que lo hace el apóstol y yo, aunque no posea de filósofo más que el deseo de saber, tengo que señalar algunas, por lo menos, de las muchas cuestiones que surgen en el estudio de este asunto; por ejemplo, si la tendencia a enseñar es innata o adquirida y en qué circunstancias crece o mengua y se desarrolla o cesa. Con todo, la gran interrogación referente a este punto es si la disposición referida pertenece al sujeto por completo o es causada, en parte al menos, por un poder exterior; bien próximo al dirigido, y de la misma índole y categoría cuantitativa que las fuerzas psíquicas humanas, o bien residente en sitio lejano, en el infinito, queriendo decir con esto que es muy distinto al hombre, e inabordable para este por su distancia o muy superior poder. Esta fuerza que obra así sobre las inteligencias, que labora por la propagación de la verdad, Ley de la historia, Causa final, Verdad absoluta, dominaría a los entendimientos y a la facultad de decidir de los individuos y de las muchedumbres bajo normas a que debieran éstas y aquéllos atenerse y hasta con sanción para los que las conculquen: sanción consistente quizás, para el sujeto, en desviarse del camino que va a su perfección y para las sociedades en detenerse en su marcha progresiva hacia el estado de prosperidad moral y material y hasta de dominio sobre las otras naciones.

### III

Dice la razón que para que se realice una cualidad como la que estoy estudiando y a la que deja el análisis reducida a un fenómeno de dirección de energías, debe haber, en primer término, fuerzas dirigibles, y en segundo, agente director. No se halla este aserto en disonancia con lo dicho antes, puesto que el agente que efectúa la orientación pue-

de estar en el mismo sujeto orientado o fuera de él, actuando según leyes conocidas o ignoradas. Conviene detenernos a meditar un poco lo que sigue. Nosotros, cuando observamos un hecho superficialmente y no profundizamos de propósito en su esencia, vemos sólo en él las causas que están a nuestro alcance inmediato, pudiendo comprender, aplicando este aserto a un caso que todos conocemos, cómo dos agujas magnéticas próximas se atraigan por los polos; pero puede pasársenos desapercibida la influencia extraña en caso de estar a gran distancia o ser de categoría cuantitativa distinta o de naturaleza muy diferente a lo influido, ya que nuestra actividad psíquica es tan poco diligente, nuestros sentidos tan falibles y nuestra inteligencia tan poco perspicaz. Nótese que en aquel caso las fuerzas dirigidas, si de fuerzas se tratara, las veríamos convergentes y que en el otro, es decir, cuando al infinito se dirigen, se nos figurarían paralelas, como las direcciones de los graves en su caída. Acaso juegue aquí también otro elemento, el tiempo, que hace que no tengamos noción de los movimientos seculares o nos parezca que no van los cuerpos hacia un punto determinado cuando emplean siglos en llegar a él, ya que en todo juzgamos con la estrechez a que nos obliga el concepto ordinario que tenemos de velocidad, de dirección y de espacio. Esto no es en realidad más que expresar, en otros términos, la eternidad del tiempo, la ilimitación del medio, la infinitud del Ser que ocupa todo el espacio y está presente a todo el tiempo, o si se quiere, la grande pequeñez del pensamiento humano.

Si se me permitiese dar rienda suelta a la imaginación, yo compararía con la influencia, a cortas distancias, la simpatía, que es una atracción moral entre personas que se tratan y la adhesión platónica a un régimen político que nos afecte y el fanatismo por una idea que se posesionó de nuestro cerebro; como asimilaría al de orientación por centros lejanos o de naturaleza y poder muy distintos a nuestras potencias, la ambición que en algunas personas hay de glo-



ria, la tendencia del espíritu a la inmortalidad, la vocación del religioso, etc. Acaso llegaría a relacionar también con ella los fenómenos inexplicables, en la psicofisiología vulgar, de la vida sobrenatural, telepatía, fakirismo y tantos otros en que se pierde el camino del razonar ordinario, sobre todo para los que, por estrechez de pensamiento o por estar dedicados a los muy distintos estudios de la Naturaleza material, miran con desdén los otros o acogen los resultados obtenidos al menos con el gesto de la duda. Duda inconcebible en quienes como los biólogos, por ejemplo, están siempre al borde del misterio que por todas partes rodea y detiene sus investigaciones; desdeñosos de lo que no pertenece al campo de su saber, cuando precisamente, aun siendo numerosas las leyes respectivas formuladas, éstas son de contextura muy sencilla, como todas las adquiridas por empirismo puro y por ello tienen poca enjundia y escasa significación mental.

Pero volvamos a nuestro tema, del que nos hemos desviado algún tanto, dejando establecido que hay en el hecho de la vocación en general y por consiguiente de la vocación al magisterio, fuerzas anímicas dirigidas y causas directoras sedentes en el sujeto racional o fuera de él, y de estas, unas muy próximas y otras lejanas. Procede, ahora, examinar cuales sean.

Lo primero para tener vocación docente, es poseer una inteligencia apta para adquirir la verdad que ha de enseñarse y una voluntad firme dirigida a este fin. El saber exponer los conocimientos que se tengan, aún contando con las condiciones del alumno, haciendo que se le dé la enseñanza según lo indiquen su capacidad y el estado de la ciencia, al modo que en un plan bromatológico lo hacen la digestibilidad de los alimentos y la potencia del estómago, de suerte que no le empachen, sino que los pueda digerir y asimilárselos más tarde el alimentado o el alumno, que es lo mismo, constituirá un buen pedagogo, pero precisase, ante todo, para ser considerado como maestro verdadero,

que sienta inclinación a difundir el saber; que se consuma en la llama de la comunicación espiritual; que tenga gusto en despertar inteligencias dormidas y de inculcar en ellas las ideas que él pudo adquirir con más o menos trabajo. Para la función docente es necesario, sobre todo, estar llamado a ella. Quien sintió la vocación, a poco que sepa, enseñará, aunque sean escasos y agrios los frutos obtenidos al carecer de las otras condiciones.

Relaciónase con esto íntimamente la educación del niño, punto que yo no he de tratar, puesto que ha sido y es constantemente objeto de meritísimos trabajos. Desarrollar las facultades psíquicas, equilibrarlas en las debidas proporciones, detener las que avanzan demasiado, estimular las que se retrasan, siempre apuntando a un fin que debe ser posible, ético y completo, ya se comprende lo difícil que será, siquiera porque ignoramos la resistencia que aquéllas oponen a su desarrollo y la ductilidad con que responden a la dirección que se les trate de imprimir. Con el tiempo, cuando la fisiología esté tan adelantada que mida la fuerza que se emplee en comprender, v. gr., el binomio de Newton, o la malicia de una acción, o cuantas calorías se desprenden de las células en que trabaje la memoria al aprender, por ejemplo, el nombre de los volcanes del Globo, o pese el oxígeno consumido por el protoplasma celular mientras se escucha un discurso político o una lección de metafísica, o sepa la modificación química que experimentan los lípidos cerebrales en un acto volitivo, si es que hay algo de esto, entonces, digo, cuando esto suceda—si llega a suceder—se llevará la educación del niño por caminos nuevos y muy distintos de los de ahora. Mientras tanto, será para nosotros la capacidad intelectual, el talento, el genio y todo lo que con ello se relacione algo desconocido en su esencia por completo, diversos grados de un conjunto de manifestaciones del espíritu que llamamos facultades—atención, memoria, razonamiento, inspiración—verdaderas propiedades nacidas con la persona o desarrolladas más tarde sin que



sepamos cómo, puesto que no conocemos más leyes que las groseras de su aparición y decadencia con el tiempo; y a cuyo desarrollo contribuyen, los que de ello tienen deber, con lo que la observación les ha mostrado servir. Don del cielo, Dios repartió estas, como otras cualidades, de un modo desigual entre los mortales. Nosotros favorecemos, del modo que juzgamos conveniente, las que estimamos buenas y procuramos aminorar las que consideramos dañinas, siempre mirando al fin que se propone el educador y con no segura eficacia. *Quod natura non dat Salmantica non prestat.*

Refiérese, por muchos, la educación tan sólo a las propiedades morales del individuo, y aunque la sana pedagogía rechaza ya este concepto de la función educadora, porque únicamente siendo integral contribuye a formar verdaderamente al hombre, hay una razón más para apartarnos de este modo de pensar y es que la actuación moral, lo ético del sujeto, es resultado en gran parte, si no en todo, de su desarrollo intelectual. No niego que hay espíritus buenos, ignorantes de las verdades científicas más vulgares; que desdeñan lo que a los sabios preocupa y desean lo que a los otros les es indiferente; que se apasionan por motivos insignificantes para los que se hallan en un plano de cultura superior; que se asoman al mundo sólo por la ventana del concepto moral, pero aparte de estos sujetos, y de ellos habría que hablar mucho, pues quizás tienen sus fuerzas espirituales orientadas a fines más altos y nobles, fuera de esos, digo, y de los que han caído en el abismo de la imbecilidad, de los amoraes por completo y de los ofuscados por la pasión, es decir, de todos aquellos en quienes está en déficit lo racional y en auge lo instintivo, en los demás hace mella de seguro en su corazón la idea que llega a su cerebro y sus actos morales son influidos por la ciencia de su razonar. «La verdad os hará libres» ha dicho San Juan. La verdad os hará buenos, podríamos añadir nosotros.

Aparte de que la vocación pueda ser, en unos, don celeste, intención de la Providencia, destino natural del hombre, inclinación innata, solicitud del bienestar, como quiere Lacordaire, conceptos todos que bien interpretados significan que es una voluntad propia o extraña, quien impulsa a la inteligencia, es lo cierto, que en la mayor parte de los casos, el espíritu tiene sus aptitudes, sus gustos y sus pasiones propias que obligan al sujeto a dirigir su actividad hacia una clase de trabajo como el arte, la industria, las ciencias, el comercio, los viajes, etc. Verdad es, asimismo, que estas cualidades, cuyo conjunto constituyen la vocación, aparecen a veces ya desde la más tierna edad, crecen en la época de la vida en que toma dirección el ser, se desarrollan con el ejercicio y, fenómeno biológico raro, no disminuyen en la edad proveya en que parece imponerse el egoísmo por instinto de la propia conservación. Pero la vocación si es algo individual con que se nace en ocasiones, también influyen sobre ella otras muchas y muy variadas causas. Modificanla, desde luego, si es que no la crean, la estimulan o la apagan, infinidad de circunstancias que en un estudio detenido podrían ser una a una analizadas pero que yo, por el deber de ser breve que tengo, he de hacerlo de un modo conciso e incompleto. Para seguir un método las dividiré en dos grupos: las propias del individuo y las que le son extrañas. Del conocimiento del valor y del efecto de unas y otras, se deducirá la eficacia de la actuación del educador, bien sea el padre, el maestro, el estudio, la ocupación, etc., todo lo que de algún modo obra e interviene en la formación del ser inteligente y moral que llamamos hombre.

#### IV

Entrando en materia, según el orden indicado, la primera pregunta que aparece es la de si se hereda la predisposición de la inteligencia y del deseo en el sentido que estamos considerando. Tocamos aquí uno de los problemas bio-



lógicos más difíciles. Yo no tomo de él más parte que la pertinente a mi objeto. Nótese que no consiste para nosotros en si trasciende a los hijos la magnitud del entendimiento y la clase de sus variadas manifestaciones, ni la bondad o malicia de los padres, sino la tendencia a un fin único de las actividades anímicas, la inclinación a un género de vida, la afición a una especie de ocupaciones, el deseo expreso de cultivar ciertos estudios preferentemente y con ventaja sobre los demás y la de experimentar placer en transmitirlos. Si, como se lee, los primogénitos en el Egipto antiguo estaban obligados a seguir el oficio de sus generadores, se fundaría este precepto en creer cierta aquella transmisibilidad. Preguntémonos, pues, ¿la vocación a la enseñanza se hereda? ¿Los hijos de los profesores, por inclinación, la tienen también? Me atrevo a contestar que no, al menos en la mayoría de los casos. La observación de lo que sucede (y es la única prueba que en cuestiones de esta índole cabe admitir) lo demuestra. Es más, como diré en seguida, no suele nacer el niño con vocación determinada ni aparecer ésta siquiera en los primeros años de la vida. Hay familias, es cierto, en quienes parece haberse vinculado el talento artístico, la capacidad para el razonamiento matemático, el gusto literario, el espíritu de observación, el ojo clínico o al menos la afición al estudio de cierto género de asuntos y así sucedió con los Racine, los Corneille y los Goncourt en literatura, los Jussieu, los Bernouilli, los Herschel, los Casini y los Poincaré en las ciencias; y tenemos entre nosotros, en el cuerpo de catedráticos, a los Ramón investigadores en Biología; los Casares, en Química; los Pesset, en Terapéutica, etc., pero esto es lo menos frecuente. Ilustres maestros son hijos de individuos de muy extraña profesión. Los que ejercen con justa fama la Medicina, una de las carreras que necesitan más definida orientación de aptitudes y que por ello imprime más carácter a los que la siguen, de ordinario no proceden de otros médicos, ni suelen sucederse con ventaja por sus descendientes.

No hay, no, casi nunca, predisposición innata a cierta dirección de la inteligencia y del empleo de las fuerzas del alma. La vocación, si llega a tenerla un sujeto, suele aparecer, por el contrario, en el transcurso de la juventud; esto es lo que pasa, al menos, entre las medianías y las inferioridades intelectuales. Las vocaciones verdaderas, se ha dicho con razón, y con más debiera decirse las innatas, no existen más que para las naturalezas escogidas en circunstancias excepcionales de herencia o de medio en que se hallan. Algunas grandes figuras científicas, literarias o artísticas, de guerreros, de tiranos, y ciertas almas altamente piadosas, pertenecen a familias en que los padres se distinguieron en un género de manifestaciones, el mismo o cercano al que hizo escribir el nombre de los hijos en las páginas de la historia: Goethe, Pascal, Mozart, Bonnet, madame Staël, etc., leo en un libro francés, nacieron de padres extraordinarios, pero observo yo, que también se criaron y vivieron a su lado. Fuera de estos casos, en nuestro terreno, lo corriente es que la inclinación a transmitir ideas sea adquirida en el conjunto de impresiones sensoriales que se reciban, de ideas que llegan a la mente del niño, de conceptos que en su cerebro se eslabonan, de verdades que se asocian, de aficiones que aparecen, de corrientes de simpatía que se crean al contacto con seres superiores, de estados de conciencia que van formándose, de razonamientos que se complican o acaso de decisiones que simulan nacer espontáneas en la ocasión oportuna y que orientan al sujeto hacia causas elevadas, justas y nobles, o por el contrario, le hacen declinar hacia miras ilegítimas, pequeñas y perjudiciales.

Muy rara vez, asimismo, se manifiesta la vocación en la infancia. En general, los niños crecen y llegan a la edad de las ilusiones y de emprender carrera o de comenzar un oficio, sin vocación conocida. Tienen la capacidad necesaria, pero no han sufrido la influencia del agente polarizador; están sus facultades aún en disponibilidad. A medida que



se van desenvolviendo las fuerzas anímicas pueden ir siendo ordenadas á un fin, por los encargados de ello, padres o maestros, o lo son por un agente extraño, a veces no ostensible, que hace impresión en las tiernas criaturas y anulará el efecto de los que parecen más influyentes en él. Un amigo, un libro, un acontecimiento, son los motivos reales de muchas decisiones que parecen nacidas espontáneamente. Aquí es el lugar de hablar de las falsas vocaciones que jóvenes de uno y otro sexo suelen presentar de un modo repentino, al alborear de la adolescencia, atendibles y seguras unas, bastardas y fugaces otras, falsas todas, en cuanto simulan haber nacido en el sujeto, cuando son efecto no más que de extrañas y a veces no legítimas ingerencias. En los varones, sobre todo, la pretensión súbitamente aparecida y aparatosamente expresada de dedicarse al cultivo del Arte, a la carrera militar, a la profesión mercantil, al negocio que exige vagar para llevarle a cabo, encubre con frecuencia el deseo de eludir el trabajo, la negligencia para el estudio, el anhelo de ser libre en sus actos, el aburrimiento, en fin, de la vida metódica y por ellos reputada monótona e insulsa que deben llevar en la casa paterna o en el colegio.

No influyen en la vocación la calidad y cuantía de los materiales que suministran pábulo a nuestras funciones orgánicas. La afición a un género de los trabajos propios de la inteligencia puede sobrevenir lo mismo en el sujeto bien alimentado que en el que no lo está; en las zonas geográficas donde hace un sol abrasador, que en las glaciales; en las secas que en las lluviosas, y la desproporción que en este y en otros órdenes de cosas se notan, entre los distintos países, más que del carácter climatológico, es cuestión de condiciones de la raza, de necesidades de las familias, o de costumbres nacionales. Que los chinos, por ejemplo, sean buenos trabajadores de manos; los noruegos y holandeses, hábiles y atrevidos navegantes; que florezca el comercio en Inglaterra, la industria en Alemania, que sean artistas los italianos, guerreros los bereberes, etc., no se deben a que

la temperatura y la presión barométrica tomen parte de un modo directo en la vocación de los habitantes respectivos. No creemos tampoco que en el desarrollo de ésta influya la contextura orgánica que da lugar a los temperamentos fisiológicos o el predominio de un órgano, aunque éste sea el cerebro, sobre los demás, y menos el de alguna glándula de secreción interna a las que tanto papel se concede hoy en ciertas características humanas, como la movilidad emotiva de unos sujetos o la apatía y la resistencia a pensar de otros y hasta la dureza y energía del carácter varonil o la dulzura y afectuosidad de la mujer.

Nada de lo somático obra tampoco sobre la vocación. Ni el volúmen y superficie del encéfalo, ni el número y hondura de sus anfractuosidades, ni el mayor desarrollo de alguna de sus partes, ni el más intenso riego sanguíneo de la sustancia gris, ni el tamaño y composición química, según lo que se sabe, de las células en que alguien quiere encontrar la razón de ser del talento. El estudio serio del cerebro de algunos grandes hombres y medianías intelectuales que se viene haciendo en Norte América y en Europa desde que Rudolf Wagner le inició con el del célebre matemático Gäus, prueba que no hay relación alguna entre uno y otro término. Y aunque se llegase a establecer, como hay quien lo espera, un paralelismo entre los talentos especiales, monofásicos que podemos llamar, y el desarrollo insólito de algunos centros de la masa encefálica, o a descubrir en el órgano de la inteligencia numerosas y singulares anastómosis de los cilindros ejes de las neuronas, por ejemplo, lo que daría razón, según ciertas teorías, de la mayor memoria asociativa o de una potente fantasía creadora, no explicaría ello la vocación que decidiese del empleo de las energías allí yacentes en un género concreto de trabajos; más que admitiendo que el entendimiento se rige en su funcionar, como los agentes naturales, según su intensidad en el campo orgánico o, como dicen los físicos, cuando se refieren al fluido eléctrico, proporcionalmente a su densidad en la su-



perficie y siguiendo en sus trayectorias, unas y otras fuerzas, la ley universal que las obliga a ir, lo mismo cuando se hace la transformación *in actu* de la energía potencial, que cuando trascienden fuera del sistema, por el camino de la menor resistencia para el rendimiento de una determinada cantidad de trabajo. Pero no hay eso siquiera. Demuestra mi aserto lo que acontece con los talentos parciales prematuros, con los niños prodigios, que no son raros en el arte de la música y en el cálculo numérico. Los que ofrecen esta particularidad, muchas veces tan limitada y monoidéica, que en lo demás suelen ser unos pigres, no la conservan de ordinario muchos años y si la conservan no suele ser la base de una ocupación firme y placentera. La vocación no tiene en ellos por fin la rama del saber en que tales sujetos descuellan y tal particularidad da escaso fruto si no se la cultiva después debidamente; y es porque el mérito de la labor del espíritu se muestra proporcional, más que al éxito conseguido, a la intensidad y perseverancia del trabajo empleado en ella.

V

En el segundo grupo de causas que influyen en el desarrollo de una vocación, pueden citarse muchas y de muy distinto índole, ya que nada hay de lo que rodea al ser humano que deje de producir en él algún efecto. Es la vida, o se manifiesta al menos, por cambio de materia y energía entre el organismo y el medio y si bien esto debe entenderse de un modo principal en lo referente a la vida orgánica y haciéndose esto bajo un plan determinado, de suerte, que resulte, por ejemplo, especial la composición química de los sólidos y humores o la acción de las fuerzas que se originan o, por decirlo más exactamente, se transforman en el continuo funcionar de los órganos y aparatos, como subordinado a una causa directriz que fija lo específico en el género y particulariza al individuo, haciéndole persona; puede,

digo, aplicarse aquella aseveración también, y esto se admite hoy por todos los pensadores, al campo de la vida en que intervienen las facultades más singularmente humanas. Y nos enseña la Filosofía que, para que un agente influya en la aparición y desarrollo de alguna actividad, ha de ser de la misma especie de ésta, así voluntad para la voluntad, inteligencia para la inteligencia, gusto artístico para las obras de arte, etc.; que para que sea eficaz la actuación orientadora, ha de ser en algún modo superior y, en fin, que para que se realice el hecho, ha de estar el sujeto in-fluido en la esfera de acción del inductor. Y he aquí las tres cualidades que ha de tener quien quiera dirigir un espíritu en el sentido de una manifestación que se debe al predominio de alguna cualidad del alma: poseer esta cualidad del mismo género, en grado mayor que la del educando, al menos, mientras trate de atraerle y estar cercano a él; de suerte que su acción sea más intensa por próxima, evitando la intervención de influencias perturbadoras.

Lo dicho, que por natural y claro no necesita prueba ni paráfrasis y que como se ve recuerda las leyes de las fuerzas moleculares, permitiendo comparar con algo que conocemos lo que sucede entre lo que ignoramos y que si pareciese demasiado atrevido tendría disculpa en la profesión del que esto escribe y también en la penuria de conceptos y no riqueza de lenguaje para expresarlo, nos muestra ancho horizonte por donde extender el estudio que estamos realizando, pero marca en compensación el camino que seguir se debe y hasta nos limita la labor, aunque ello no sea más que al modo como limita la extensión del Océano al navegante la línea azulada, vaga y lejana, en que parecen juntarse cielo y mar. Tratemos de los puntos de más interés que en este campo de observación se hallan al alcance de mi inteligencia.

Ellos son varios y distintos. La familia, las amistades, los maestros en la niñez, los profesores más tarde, las inteligencias privilegiadas, los caracteres superiores, los he-



chos históricos, la sociedad en que se vive, el medio que a uno le rodea, etc. La influencia de todos ellos en la edad apropiada teniendo en cuenta las circunstancias personales del joven propicio a ser dirigido, llevada de una manera metódica, racional y ordenada a un fin asequible, justo y útil, constituye la educación, y ya se vé de cuántos factores resulta, cuántos términos la integran. No trataré en particular sino de algunos de los citados. Estas actuaciones convergentes en unos casos, contrarias otras, desarrollarán o atrofiarán las cualidades espirituales de la especie, formarán el temple de aquel alma y encaminarán las energías de ésta hacia un fin, de suerte que habiendo materia dirigible, y acierto en la gestión, surgirá la vocación firme, de modo tal, a veces, que parecerá que nace espontánea como planta en terreno apropiado, cuando es efecto de los educadores, hija de una especie de determinismo psíquico no diré fatal, porque puede la *vis* propia desviarla, pero como natural al sujeto y adecuada a la clase y cuantía de sus cualidades.

He dicho que para que se desarrolle la vocación es necesario que haya capacidad intelectual suficiente. Los que de ésta carecen no pueden tener aquélla. No basta el aprendizaje de una técnica para producirla. Se podrá, claro está, llegar a dominar un arte, o ser entendido en una ciencia, tener acierto clínico, ser un abogado distinguido, etc., pero sin aquella inclinación, aparte de lo penoso que ha de resultar adquirir los conocimientos necesarios para el debido ejercicio, faltará siempre el anhelo con que se coge el premio de la labor de que se es más capaz, el goce personal de emplearse en obra para la cual se está adaptado, el gusto que al espíritu debe causarle tener satisfecha la apetencia y colmado el deseo. Parece que la vocación crea unas necesidades, apaga o disminuye otras, cambia las aficiones, modifica nuestro modo de sentir y de querer. Sin ella la profesión del magisterio, especialmente, degenerará en un oficio rutinario, sin el recreamiento de contemplar su obra, hecho de un modo formalista, con tibieza en el trabajo al cual el in-

vocado no se entrega, sino perezosa e incompletamente, sin pasión y sin vida y así resultará poco eficaz para el alumno que no ha de recoger en estas condiciones cosecha sana y abundante.

La vocación no suele atender al provecho material del poseído, antes muchas veces le es opuesta. Parece que el sujeto va empujado por una fuerza sin relación con la utilidad, hacia un ideal superior al que significa tener resuelto el problema de vivir; podrá servirle de estímulo a la emulación en el orden científico, no en la lucha por la vida, tal como suele esta entenderse. Quien se dirija a un género de la actividad intelectual o colabore en obra científica o artística con la intención de lucro, aún poniendo en ella toda su voluntad, movida por tal resorte, está en un error. Carece de vocación aunque otra cosa crea, como no la tiene tampoco y se equivoca o engaña, si otra cosa dice, el que emplea la consideración social o se vale de lo que el título de profesor significa ante el público, para aumentar el rendimiento del ejercicio profesional en su provecho.

No impide que nazca la vocación la escasez y aún la carencia de los instrumentos del trabajo en el campo a que aquella se refiere y así puede aparecer la de pintor, por ejemplo, en los que no tienen a su vista obras de arte sino las que la naturaleza les ofrece; y la de pensador, en los que carecen de libros si tienen contextura de filósofos y sale un buen químico de un mal laboratorio, o se puede llegar a ser un Gay-Lussac en física sin gabinetes, ni aparatos. Antes bien, parece que las dificultades y obstáculos que se presentan a los llamados verdaderamente a contribuir a una obra científica, artística o literaria, afirman la decisión, templan el carácter y despiertan la imaginativa, obligándoles a seguir nuevos caminos en los descubrimientos, a crear procedimientos más expeditos y a inventar los útiles necesarios, menos costosos. Reflexiónese, para comprender esto, que el trabajo, aún en malas condiciones realizado, nunca es perdido y que la perseverancia en él cosechará seguramen-



te frutos. Los grandes descubrimientos científicos no se hicieron siempre, sino al contrario, en bien abastecidos laboratorios. Lo que hay sobre esto, es que, proporcionándoles medios suficientes y aún abundantes, aparecen inteligencias mediocres y talentos pequeños como otros hombres porque pudieron con aquellos instrumentos, con voluntad manejados y a poco que la suerte, que no es avara para el trabajador, les favorezca, hacer obras que les hagan figurar al lado de los super-hombres, ya como sus colaboradores y secuaces, ya aprovechando la idea genial que el otro no pudo realizar por exigir una labor de paciencia, de tiempo y de dinero. Por esto siempre se considerará necesario para el progreso que se proporcione al obrero intelectual los medios de que ha menester para su empresa, ya que no debe esperarse todo de las intuiciones geniales, que son raras como los acontecimientos ingentes y porque se facilita la obra y se agranda y perfecciona el resultado y desde luego porque a las medianías se les pone en condiciones de que sea fecunda la constancia.

Muchos casos podría yo citar aquí de que se haya desarrollado una vocación en penuria de medios materiales. Decía mi catedrático de Análisis químico, disculpando lo que faltaba en su clase, que su profesor en Alemania tenía el laboratorio en un sótano, se alumbraba con velas de sebo y disponía de muy pocos aparatos, casi todos ideados por él, a pesar de lo cual se distinguió en el difícil estudio de la composición y propiedades de los gases y vapores. Y a poco que se conozca la historia de la Astronomía se sabe que Galileo probó sus teorías acerca del movimiento de la Tierra por observaciones que hizo con anteojos de poco alcance, por él inventados; que Kepler descubrió las más altas leyes de los astros, casi sin aparatos; que Herschel, fabricó por su mano su famoso telescopio con el que vió a Urano, etcétera. ¡Qué principios más pobres en medios de estudio los que tuvieron Richerand, el ilustre fisiólogo; Caventou, el codescubridor de la quinina; Boyer, que de pequeño guardó

bueyes y con ese oficio fué a París donde ejerció de barbero para acabar siendo digno barón del Imperio, y Velpeau, el famoso cirujano, sirviendo cuando chico de soplique en una fragua de pequeño lugar de la Turena, después curandero, manifestando ya sus aficiones, para concluir enseñando y practicando en la capital de su nación! W. Odling, el profesor de química de Oxford, a quien se tiene como uno de los mejores maestros de esta asignatura, decano de todos los del mundo, hasta su muerte, ocurrida hace unos meses, no tuvo en mucho tiempo a su disposición un buen laboratorio y no se quejaba de ello, y nuestro Cajal realizó sus primeras investigaciones histológicas, tan notables, con un mal microscopio.

Una causa hasta nimia, un motivo a veces trivial, una circunstancia de la vida no importante al parecer, ponen de manifiesto en ocasiones una vocación que hasta entonces permanecía latente. Existía la fuerza; faltaba orientarla. Curioso sería, sino muy útil, leer en la biografía de los sabios cómo en algunos se reveló la inclinación y tentado estoy a referir algunos casos de aparecer encubiertas capacidades saltando de repente, como del pedernal la chispa al golpe del acero, y de cómo se desviaron otros de la carrera ya emprendida cuando una causa, generalmente un hombre superior, actúa sobre ellos y les dice con justo imperio como Jesús al publicano: deja esa ocupación y sígueme; cuando no es un hecho de poca significación para los demás, quien cambia el rumbo de una vida. Conviértese el duque de Gandía, por ejemplo, a la vista de un cadáver, aunque fuese de mujer bella, de cortesano, en ferviente religioso; recolectando Ampere ejemplares de botánica a que era aficionado, encuentra casualmente en el campo una joven que le impresiona y se dedica desde entonces a la enseñanza y estudio de las Matemáticas y de la Física, en que tanto había de distinguirse, para tener recursos que le permitiesen formar una familia; y Ricord cambia, efecto de una obligada visita a las salas de clínica de Dupuitren, sus es-



tudios de Derecho por los de muy distinta índole, abriendo un campo muy fecundo en el arte de curar.

Los entendimientos superiores son, con frecuencia, causa de decisión de los jóvenes que con ellos andan en trato y relaciones. Atributo del genio, poder del talento el de atraer, modificar y dirigir, no necesita estar a un gran desnivel de conocimientos, para despertar en otros una cualidad que yace como dormida en los estratos de la personalidad y sacarla a luz. Esta actuación es la deseable en el maestro, es la condición básica del educador. No creo que necesite extenderme sobre esto ya que vemos a menudo cómo al lado de las personas eminentes aparece una pléyade de discípulos, sus discípulos, inclinados al mismo género de trabajos que el maestro. Este, como centro radiante, árbol que retoña, padre espiritual, guía y alimentador de sus alumnos, los modifica a veces de un modo radical y los empuja por rumbos nuevos, en su caminar por la vida privada y la actuación social.

No temáis que vaya a dar con este motivo nombres, que en la historia de la ciencia o del arte pueden encontrarse, ni citar, aún cuando ello fuera meritorio, los de aquellos que, menos afortunados, cayeron en la fosa del olvido sin merecer el recuerdo para su obra más que en la memoria agradecida de los que recibieron su influencia. Revolviendo en el sedimento de nuestras antiguas impresiones, de nuestros recuerdos juveniles y de las amistades de nuestra mocedad, raro será aquel en quien no se destaque de la neblina del pasado, la figura de una persona, de un profesor, de un compañero en los estudios, del autor favorito que dejó honda huella en nuestra conciencia, a quien somos deudores no sólo de conocimientos e ideas, sino de orientaciones y conceptos de los que imprimen carácter y señalan norte a la razón. Y aquí, si no apareciese teñido de patético el recuerdo, yo se lo dedicaría, y muy afectuoso, al maestro que en mi primera infancia me inculcó la afición a la lectura; a los catedráticos del Instituto cuyo retrato físico y mo-

ral tengo grabado en la mente, y a los de la Universidad a quienes debo, a unos más que a otros, como es natural, mi vocación a la enseñanza. Bullen con esto en mi interior consideraciones de otro género que ahora traería de buen grado a la pluma, porque este es el lugar, sobre las relaciones entre profesores y alumnos, comparando las de mi tiempo de estudiante, ya lejano, con las que actualmente se van estableciendo y hablaría del respeto casi santo que les teníamos, de la eficacia en nosotros de sus consejos y advertencias y de la profunda huella, hija de las anteriores causas, que en nuestra inteligencia, en nuestra conducta, en todo nuestro ser, dejaron.

Nótese que para resultar un buen educador no se precisa tener excepcionales facultades intelectuales, ya que produce efecto en el discípulo no sólo los profundos conocimientos técnicos del maestro, la brillante imaginativa que admira, la extensa memoria que asusta o el sólido razonar que confunde, sino todo lo que en el profesor hay y es susceptible de ser comunicado al que viene ansioso de aprender; así el comportamiento en la vida social y el concepto que se ha creado y practica de lo que debe ser quien moldea y prepara almas jóvenes, influye también en ellas y si es grande fuerza directriz la de la ciencia, lo es tanto o más la del vivir austero y justo, llegándose al máximo de la acción educadora si una y otra están reunidas en el mismo sujeto. De Sócrates —el santo pagano— se dice que enseñaba más con el ejemplo que con los argumentos y con las razones que daba; su mejor pedagogía fué su comportamiento; enseñó hasta en el modo como se condujo en su muerte, término digno de tal sabio y de tal vida.

Suelen los grandes acontecimientos históricos hacer surgir personas que poseen en grado superior el genio y la inclinación hacia un punto determinado de la actividad humana. Parece como si un poder providencial interviniere sacando al exterior o juntando en los pocos elegidos las energías que de ordinario yacen sueltas o actúan dispersas,



con menoscabo del efecto. Se creería que se produce lo ocasionalmente necesario al bien de la Humanidad. Los famosos capitanes, los santos más distinguidos, los navegantes más osados, los exploradores más valientes, los conquistadores de más fortuna, los piadosos propagadores de la religión o de la ciencia aparecen en el escenario de la vida, de cuando en cuando, y se distinguen pronto y obran guiando a las muchedumbres y señalan nuevo horizonte a los humanos. La historia está llena de ejemplos de esta clase. Es verdad que el tema que estoy desarrollando no tiene o no parece tener interés tan vital como aquellas manifestaciones y que es como ajeno y de índole distinta y muy inferior en importancia a ellas. Aun así y concretándonos a nuestra patria y campo, hay que señalar, en este orden de cosas, la renovación que en la esfera del pensamiento, manifestada de varios modos, se hizo a raíz de los desastres coloniales. Reacción defensiva del herido, sacudimiento de la apatía tradicional, cotización verdadera de valores ficticios, procedimientos nuevos, conceptos modernos, vistas a lo restante del mundo, sea cualquiera el hecho, y su explicación, tendrá que anotar el pensador el cambio acaecido entre nosotros desde 1898.

Si grande es el efecto de la acción individual, aun la de las capacidades vulgares, considérese el que resultará cuando haya varios sujetos que trabajen a la par y de acuerdo en un centro donde sus convicciones, sus deseos o sus intereses los reunieron. Con su recíproca influencia y unidad de dirección no se suman, que se multiplican las fuerzas de que disponen; crecen y se desarrollan las energías al contacto mútuo y hácese prodigios con la coincidencia del pensar y del sentir. Donde así pase, nuevas luces iluminarán los horizontes, se encenderán faros que señalen puntos de feliz arribada, se abrirán caminos ignorados; pero lo que vale más: atraerán a su labor inteligencias que antes quedaban inactivas, estimularán a los apáticos, calentarán a los tibios, afirmarán y sostendrán a los de débil voluntad.

Los centros donde esto se realice son las verdaderas escuelas de comunidad, si no en el pensar de los que las constituyen, sí en el sentir unánime y en el adunarse en el trabajo; de convenirse en los métodos y procedimientos, de señalar los campos que a cada uno competen, de unión espiritual, de igualdad de afectos y de anhelos; sin otras luchas que las nobles y útiles de la inteligencia, ni más fracciones que las naturales al objeto del estudio, ni más personalidades que las que despunten por su saber, ni más interés que el de la ciencia. Así podrían ser todos los establecimientos oficiales y así serían si discípulos y profesores vivieran allí única e intensamente la vida del deber.

En todas las instituciones de este carácter, llámense escuelas, seminarios, colegios, institutos o universidades, debiera atenderse a afirmar la vocación del alumno, si la tiene ya manifiesta y encaminada rectamente, o a desarrollarla si aún no se manifestó, y esto sin limitación por la edad del escolar ni por el grado de enseñanza, porque si en unos jóvenes aparece pronto aquélla, en otros lo hace tarde y a veces queda para siempre como dormida en las profundidades de la conciencia, en la subconsciencia que diría un psicólogo freudista, esperando que haya una fuerza que la revele en un rápido *veni foras* eficaz, o bien que la descubra y afiance por una acción lenta y continúa. Las determinaciones del alma, como las fuentes de agua, aparecen en ocasiones a los pocos y bien dirigidos golpes del azadón, pero a veces no lo hacen sino ahondando el hoyo con la constancia hasta encontrar la vena de la linfa escondida muy abajo, poniendo entusiasmo y tiempo suficiente en la labor.

Tres clases de establecimientos hay que tienen como objeto primordial la preparación para el magisterio: las Escuelas Normales, la Facultad de Letras y la de Ciencias. A ellas se refiere, en especial, lo dicho anteriormente. Sus profesores deberían estar encargados de analizar las aptitudes juveniles, de ponderar capacidades, de discernir vocaciones. Ello sería muy útil para formar un buen cuerpo docente y hasta



para cumplir mejor los demás fines universitarios. ¿Quién duda que al individuo y a la sociedad fuera ventajoso que en la decisión para elegir carrera, aún no siendo una de las cinco facultades mayores, se atuviese el interesado al parecer y dictamen de personas peritas, más que en dejarlo a la propia iniciativa del menor o al juicio de sus padres, la mayor parte de las veces ignaros de lo que tal acto es y significa?

Muy distintas en esto de sus compañeras, el Derecho, la Medicina y la Farmacia atienden de preferencia a la preparación para el ejercicio profesional. Hagamos notar que en una buena organización de estudios que abarcara todos los que deben hacerse en las ocupaciones que exigen trabajo del intelecto, podrían y deberían darse muchas enseñanzas comunes en los mismos establecimientos, ya que es conveniente que tengan cierto grado de cultura los que han de servir a la sociedad con su inteligencia y supuesto que la Gramática y las Bellas Artes, la Geografía y la Historia, la Matemática y la Lógica, la Higiene y el Derecho natural, por ejemplo, son lo mismo doquiera, no habiendo razón, por tanto, para que se cursen en instituciones separadas y diversas. Los titulados en letras y en ciencias son, sin duda, los más apropiados para dar la enseñanza de estas disciplinas obligatorias para todo el que necesite conocimientos que sean producto del pensar o del sentir.

Ya se comprende, con lo dicho, el juicio que me merece la existencia de estudios superiores donde concurren jóvenes no orientados aún; o aquellos a donde van a aprender alguna rama del saber humano por un mero fin utilitario; y también esa multiplicación de academias oficiales donde se explican las mismas enseñanzas, distintas, no más, que por el ministerio que las sostiene; ese fraccionamiento de la ciencia y de la juventud en grupos y sectores; y, en fin, que error considero que hay en disgregar la Universidad en facultades aisladas, con menoscabo de lo que la ciencia pide, imposibilidad de realizar los fines estatuidos y con per-

juicio pecuniario de la Nación. De las mismas altas escuelas que con este modo de ser abundan en los Estados Unidos para hacer doctores en Cirugía, Derecho, Ingeniería, Comercio, etc., y que tienen vida, hasta lujosa, merced a las subvenciones de las entidades y sectas que las han creado y a los donativos, que a nosotros se nos figuran fabulosos, de los multimillonarios, aún con el gran papel que hacen en aquel país, vienen voces de queja pidiendo que cese o se atenúe aquel aislamiento y reconociendo la superioridad de la Universidad una, con ramas que se nutran de la savia de un tronco común, que formen órganos de un cuerpo único, como sucede, cuando ello sucede, en las Universidades europeas.

Y para concluir las causas factores de la vocación trataré del medio ambiente en que se desenvuelve la actividad del joven que no fijó aún aquella o la del adulto en quien se desvía después de señalada. Es el medio ese conjunto de influencias exteriores al individuo, de diversos órdenes, no encarnadas en una ni en varias personas, sino en todas las que con el influído tenga alguna relación. Son de naturaleza variada: económicas, morales, intelectuales; de procedencia distinta: de raza, de pueblo, de localidad; de intensidad muy diferentes in que sea posible fijar su respectiva proporción; de acción próxima o remota sin que conozcamos la ley de su obrar; resultante de muchas fuerzas como el clima lo es de muchos elementos físicos; concurso de causas relacionadas con los caracteres personales dominantes en un país y con la educación social que da facilidades para cierto género de trabajos y pone trabas y dificulta a los demás. Manifestación de algo común, de la vida colectiva, de esa atmósfera que se forma con el respirar de todos; de esa energía universal que nos envuelve y nos atrae y nos arrastra y nos absorbe; de ese alma de las muchedumbres que sobre las individuales actúa, a quienes subyuga, generalmente, por quienes otras veces es vencida después de lucha porfiada; de ese *quid ig-*



*notum* que proviene de herencia, de atávicos prejuicios y de verdades adquiridas con anterioridad: modo de ser a quien cambia la civilización y la instrucción puede dirigir en sentido humanitario. Enseñanza primaria que alcance a todos, cultura superior que afecte a muchos, abundancia de talentos, bienestar social contribuyen sin duda a que favorezca y prospere en él la vocación al magisterio. Acaso el ambiente no es más que la respuesta de los dirigidos a las incitaciones de los directores, la imagen de los de arriba vista en el espejo de los que viven en un plano inferior del espíritu; reacción de la sociedad ante la gestión torpe o acertada de los que la gobiernan y si esto fuese así: ¡Cuánta responsabilidad cae sobre quien colocado en el alto puesto donde la Naturaleza o sus mañosas habilidades le colocaron, no cumple con el deber que el destino puso en sus manos!

Ya he dicho y es bueno repetirlo que aún cuando marca el ambiente un estado social, hijo del pretérito y padre del futuro, puede y debe ser modificado en sentido conveniente por las personas que de ello son capaces, por tener fuerza viva bastante en sus obras, si se me permite la frase. Los hombres cumbres, aunque se deban en gran parte al medio, también en gran proporción pueden reaccionar sobre él infundiéndole nuevos elementos de vida, señalándole otros derroteros; en tal sentido son espontáneos, automáticos, mejor dicho, en su actuar; en esto consiste su superioridad, precisamente. Por eso no estoy de todo punto conforme con el pensamiento de Taine, expresado en estas palabras: «Las producciones del espíritu humano, como las de la Naturaleza, no se explican más que por el medio», a no ser que se concreten estas producciones a las de la inteligencia y de éstas propiamente a las que más que a la razón, como las matemáticas, afectan al sentimiento, como las líricas. Tal lo dice Shakespeare en la frase siguiente que parece haber sugerido al filósofo anterior su teoría del medio y que como muchos pensamientos del trágico inglés son aserciones,

siempre profundas, y con frecuencia verdaderas: «La obra literaria o la obra de arte es la edad misma y el cuerpo del tiempo, su forma y su huella».

Efecto las instituciones culturales del modo de ser de un país, en cuanto representan su progreso verdadero, han nacido y marchan paralelas en su desarrollo y actuación a las de las otras grandes manifestaciones de las fuerzas nacionales. Viven de la savia que las presta todo aquello a donde pueda llegar su influencia. Tiéndese hoy, desacertadamente a mi juicio, a crear universidades que por el espíritu que las anima y la limitación de la esfera de su provecho a un sector sólo de los moradores, pueden y deben calificarse de sectarias; en ellas no cabe la ciencia que necesita amplitud de criterio y grande elevación de miras; que actúa sobre los de arriba y los de abajo. Asimismo quieren establecerse universidades, o al menos centros que lleven ese nombre, cuya acción está limitada a un corto territorio que no se extiende más que al mar no lejano o a las montañas próximas. Estas, cuando su creación no obedezca a necesidades de toda la nación y sí solamente al de pequeñas parcelas, a regionalismo, no cumplirán tampoco los fines de la más alta institución del saber. Acaso se dirijan hacia la enseñanza práctica y mirarán a un fin utilitario, dirección que las expone a degenerar en escuelas de mecánicos o de químicos, de abogados o de médicos, con la estrechez del horizonte a que las constriñe la causa de su origen y el por qué de su sostenimiento. No; la Universidad no debe ser regional, lo cual no quiere decir que no se repartan por regiones; debe ser nacional y mejor debiera ser universal ya que en las del Norte y en las del Sur, en las nuestras y en las extranjeras, en las ricas y en las pobres, en las poco concurridas y en las de alumnos numerosos, en la de Yrache y en la de Harvard, por citar dos extremas, debió y debe reinar el mismo espíritu científico idealista, humano, cuya razón de ser y objeto de su existir sean conceptos universales, como universales son las verdades de la ciencia, las normas de la



razón, los postulados éticos, los atributos todos que deben tener los hombres de todas las razas, en todos los climas y en todos los tiempos, si algo significa el progreso de la Humanidad y los centros docentes son capaces de contribuir a él, no siendo la prosperidad de una nación efecto sólo de la fuerza de las armas, del poder personal, del desarrollo de la industria o de la intensidad del tráfico mercantil. X

Tales son las cualidades que debe tener la Universidad para que prospere y dé su fruto. En cuanto a su origen debe arraigar en ambiente extenso, hondo y apropiado, y en cuanto a los que la integran deben tener concepto verdadero de los altos fines que han de perseguir y querer contribuir a ello con firme voluntad: es decir, que deben poseer decidida vocación. Estas instituciones serían así, para el país que las crea y sostiene, fuerza directriz poderosa, molde en que se vacía la vida, espejo en que se refleja el estado social, motivo del aprecio que los extraños tengan de nosotros por la cuantía de la parte con que contribuimos a la perfección humana; razón del respeto que inspira la nación afortunada a otras más fuertes por el número de sus habitantes o por sus riquezas materiales. Por la cultura excelsa se pondrá el país en la relación debida con los demás, formará en primera fila en los factores del progreso. Una Universidad tal será fuente de energías, lazo espiritual, causa de exaltación de propios, motivo de admiración de los ajenos. Vendrán las reinas de Sabá a visitar a Salomón por conocerle, obsequiarle y solicitar su ayuda y consejo; acaso quede alguna prendida en su esfera de atracción. Esto es la explicación del éxito conseguido y de la fama legítima de Salamanca y de Bolonia, de Montpellier y de París, de Oxford y de Cambridge, de las actuales de Alemania y de América. Esto es lo que quiere que sea la que en el país que riega el Ganges sostiene un hombre de gran mérito: Rabindranath Tagore. Y dedúcese de aquí también en qué consiste el secreto del triunfo, en qué se fundará la razón de supremacía de las varias Universidades herma-

nas que vivan dentro de una nación, bajo el régimen autonómico y cuáles deben temer la rivalidad que se cree que ha de entablarse entre unas y otras.

• Cuando un país quiera tener buena Universidad, procure que el ambiente sea propicio y no escatime recursos, que tan alto empleo han de llevar. Atraso grande demuestra no conceder a estas instituciones el papel que en la vida de la nación representan y en el concepto universal significan. Si fueran dispendiosas, que no lo son tanto como parece, otros organismos nacionales, otras empresas de finalidad dudosa, lo son mucho más. Asusta la cifra de millones que se lleva gastados en Marruecos desde un año acá. ¡Qué no se podría hacer con ella en pro de la ciencia, del adelantamiento intelectual del país! Por otra parte, no busquemos aquí la utilidad material, al menos directa e inmediata; tengamos más altos ideales. No sea la Universidad producto de factores ajenos al progreso del arte, de la ciencia abstracta, de la cultura general, de la instrucción ciudadana. Que sea eminentemente educadora por su fin, por su personal y por los procedimientos en ella seguidos al dar la enseñanza. Ni cabe ya, tampoco, que como las academias griegas, sirva sólo a la doctrina filosófica del fundador y de sus conspicuos secuaces, ni que tenga marcado carácter individualista, como las de la edad media. La Universidad, hoy, debe enseñar a los pueblos el camino de la verdad científica, del arte que dirige al bien, de la estética que emociona y mueve el corazón hacia lo bello y también el del aprovechamiento de las fuerzas naturales empleadas para aumentar el beneficio material. Así creará a su alrededor un espíritu de moralidad, de justicia, de solidaridad de las regiones, de fraternidad universal que acaso llegue a realizar la utopía de que cesen las hecatombes guerreras, las arbitrariedades sociales, la tiranía de los pueblos poderosos, llegando a la consecución del perfeccionamiento y de toda la dicha posible que a los mortales les es dado alcanzar en este mundo. Así creará y desarrollará aquellos principios de carácter tan



humano; así alimentará estos bellos ideales; así, y sólo de este modo, será *alma mater* verdadera.

## VI

Cuando el joven manifestó ya su vocación a la enseñanza, debe proporcionársele medios para evitar que la pierda y conseguir, por el contrario, que crezca y arraigue más firmemente. O en otras palabras: debe atenderse a los que caminan hacia el profesorado, desde que salen de las aulas y mientras dure el tiempo necesario para prepararse debidamente al desempeño de la cátedra, de modo que se vean libres de acudir a las necesidades perentorias de la vida, proveyendo a ello quien deba hacerlo, de suerte que ciertos apremios no les desvíen de la senda emprendida, empujándolos a campo donde, por faltarles aquella condición del éxito, fracasen quizás o se vean atraídos por el señuelo de la ganancia más fácil y mayor a otro género de empresas con el perjuicio consiguiente de la sociedad. Hay que favorecer la vocación a la enseñanza si queremos que nuestras Universidades no decaigan y se despueblen, marchando las capacidades por cauces que ofrecen más claro porvenir a la juventud estudiosa, y para ello, véase el modo de asegurarla una posición, aunque modesta, que la permita seguir su inclinación, aumentar su caudal científico, entrenarse en la práctica de la docencia y respirar el ambiente que debe mañana contribuir a formar. Este período preparatorio, hecho al lado de los maestros consagrados ya, sería también un período de prueba de aficiones y aptitudes, en tal medida hecha, que no resultara imposible por lo exigente, ni vano y sin mérito por lo fácil, salir de él. Ministerio es el de la enseñanza que exige del que ha de cumplirlo bien, sacrificio de otras aspiraciones, despego de riquezas materiales, dejación de todo lo que no sea vivir por y para ella. En el altar del profesorado tiene que inmolarse todas las cualidades que no sean grandes, buenas y legítimas. Es semejante

al sacerdocio, aunque en otro orden, y fuera de la gracia que en este interviene e imprime carácter a quien es llamado a él. Lo que más exige es altruismo. Si educar, se ha dicho, es obtener todo el producto posible de la capacidad que el individuo tiene para su provecho y para el ajeno, educar para maestro es hacerlo sólo para beneficio de los demás. Lógico, indudable y necesario es, por tanto, que la sociedad favorecida provea a las necesidades presentes y futuras de quien le dedica sus mejores y más intensas energías. El abandonar al estudiante, el no remunerar debidamente al profesor, el negar los instrumentos de trabajo precisos, van contra el fomento de la vocación magisterial, ya que quien de joven conoce camaradas que son más atendidos, carreras más asequibles y brillantes, campos más fecundos en ganancias materiales y más fáciles de llegar a ellos, necesitará una fuerza moral, una firmeza de carácter para seguir la natural, casi instintiva vocación, que no a todos hay derecho a pedir.

¶ No temo indicar lo que yo exigiría para ser catedrático: conocimientos profundos de la asignatura, instrucción general y práctica docente, pero sobre todo, probada vocación. No se daría el caso, con este modo de ascender al alto sitial, de que prospere y triunfe el que pudo prepararse con tiempo y medios propios para una oposición, o a quien favorece la suerte en las condiciones de sus rivales o el número de vacantes; que entre a formar parte del sabio cuerpo quien reúna acaso muchos conocimientos de una ciencia, pero carente de las otras cualidades que debe tener el profesor. Hay quien va al Magisterio sin afición; de él pudiera decirse lo que dicen las ordenanzas militares del soldado cuyo propio honor y espíritu no lo estimulan a obrar siempre bien: que vale poco para el servicio de las armas. Así se comprende cómo se abandona la clase por el más leve motivo y cómo se sueña a diario con la estancia en Madrid el que debe estar en provincias enseñando; cómo se aprovecha el mérito o lo que no lo es, para ir en comisión a la ciu-



dad populosa o pensionado al extranjero en busca de conocimientos que si no los debiera tener ya, ni los encuentra en España, será para provecho propio, no del Estado que paga y con abandono del servicio remunerado; cómo nos quejamos constantemente de la deficiencia de medios, cuando muchas veces no es ello más que pereza o falta de inclinación y gusto en enseñar; cómo la cátedra solo es, para algunos, ventajoso peldaño para la elevación social o camino para llegar a más pingües destinos allá en las poblaciones donde todo se cotiza para provecho propio y poco o nada para el de la sociedad. El sabio indio nombrado escribe sentidos párrafos sobre la obligación de enseñar en que está toda persona que tiene no ya deber estricto de ello, sino las cualidades de que la Naturaleza le dotó, mirando al bien común. El fin individualista de la ciencia no puede admitirse hoy, según él. El saber que atesora cualquier persona debe emplearse en beneficio del prójimo como igualmente todas las cualidades buenas, morales, intelectuales, artísticas, de habilidad mecánica, hasta de maña, que un hombre pueda tener.

Señores: con mucha razón temo, que el palmoteo final con que suelen terminar estos actos y que ya podeis ir preparando, se conceda en el caso presente más que al mérito de lo leído, al gusto con que se vé el fin de la penosa audición. También tengo yo cansancio, y aún sin agotar el tema, he de concluir su exposición, que la empresa ha sido para mí ardua y pesada. No deseo de vosotros si no muestra de que el asunto os interesa y de que, como dije en un principio, lo considereis fundamental para la vida universitaria que el nuevo régimen ha puesto en vuestras manos; del interés que os inspira, señal es ya la atención con que me habeis escuchado y que agradezco y lo será mejor que os ocupeis más tarde en él. Si hay en mi oración frases de entusiasmo, voces de encomio para la Universidad y sus maestros, también hay —o quiero que haya— (y esta es mi mayor prueba de cariño a esta casa), avisos de peligro, lla-

madras de atención, confesión de faltas, requerimiento de deberes. En que yo haya acertado un poco al exponer lo bueno y lo malo ffo mi éxito y que vosotros penseis tomando mis asertos para punto de vuestras meditaciones, fermento de vuestro pensar, es el aplauso que ansío.

Antes de bajar de esta tribuna, siguiendo una costumbre que yo respeto, aunque la considere inútil, quiero dirigirme a los estudiantes que a las aulas de la Universidad concurren, en especial a los que, por aspirar a ser profesores, les afecta con más intensidad lo dicho en las precedentes páginas.

Los jóvenes de hoy, se dice con tal frecuencia que es ya un tópico, serán los hombres de mañana. Así es en verdad y ojalá meditaran los estudiantes, y los que no lo son, en lo que significan estas palabras, en el alto pensamiento que encierran. ¡Los futuros hombres!, elemento del cual estamos muy necesitados, porque hay muchas personas que trabajan y se aprovechan de las dotes de que la naturaleza les proveyó, pero pocas que miran en su afán a la utilidad común. Y debiera ser así y no de otro modo. Como en la doctrina panteista todo se funda y desaparece absorbido por el dios, de modo que los individuos y sus obras son la vida y acción de él, así en las sociedades humanas, tal como se las concibe actualmente, se esfuma el sujeto para componer, reunido con los demás, otro ente que tiene sus gustos y sus necesidades, sus derechos y sus deberes. Nadie puede considerarse extraño al bienestar o al malestar de los otros, que tal es la trabazón que constituye hoy la esencia de las agrupaciones humanas, pueblos, naciones, razas, humanidad entera, que no es indiferente a nadie la salud, la cultura, la moralidad del resto de los hombres. Estamos en pleno socialismo en cuanto a los efectos que se relacionan con estas cualidades.

A marcar direcciones, a moldear caracteres, a incrementar el bien común, están obligados los que tengan más intensa energía anímica, mayor riqueza moral, los que ate-



soren conocimientos técnicos, los que se emocionen con lo bello, los poseedores de las verdades científicas. A ponerse en condiciones de realizar esta obra es a lo que debe venirse a la Universidad. Con un criterio altruista y apuntando a fines elevados es como deben tomarse las cosas de la enseñanza superior. Reflexionad lo que el mundo quiere que seáis los universitarios: arquetipos humanos, ejemplo para las muchedumbres, casta especial de hombres que han de llevar espíritu nuevo al ambiente, definiendo un estado social en el tiempo y en el espacio a que alcanza vuestra acción. Seres seleccionados, no sólo por la suerte ciega de los atributos naturales, sino por lo que resulta del trabajo bien dirigido, de la constancia en el estudio y también de la consideración atenta y perenne del papel que habréis de desempeñar, de la elevada misión que estais llamados a cumplir.

Para prepararos a estas funciones os veis favorecidos por vuestros padres que os eligieron para tan alta ocupación, sois los mimados de la urbe universitaria y tenéis a vuestro lado, y bien dispuestos, a vuestros catedráticos que procuran haceros más fácil el camino emprendido. Se os conceden cada día nuevos derechos, se os permiten libertades, se os dispensan vuestras intemperancias, se pasa por todo con tal que lleguéis a donde se os quiere llevar. Pensad, y esto es lo grave, que en justa correspondencia a este proceder social, debéis de poner por vuestra parte todo lo posible para que no resulte vana aquella actuación y esto exige un ejercicio constante de vuestras facultades, en especial, de vuestra voluntad. Quienes de vosotros, individuo o asociación, no aprovecha el tiempo que pasa, o se desvía de la senda trazada por el deber, abusa de su situación, se infiere daño así mismo, y causa perjuicio a los demás. Dejaos dirigir hasta que hayais visto otros horizontes de la vida y tengais conocimiento de sus puntos culminantes. Confíad en la acción educadora de la ciencia y de los que la enseñan. No juzguéis por vosotros, cuando aún no tenéis com-

petencia para ello, de los actos y conducta ajenos. Flexibles para los consejos de vuestros directores legítimos, sed fuertes y resistentes contra las gestiones de las personas que no deben tener sobre vosotros influencia y que os quieran atraer a campo donde actúa el sectarismo, no se honre a la sabiduría o impere la anarquía moral.

Para llegar a la meta de vuestra empresa se necesita que poseáis, a más de capacidad para adquirir los conocimientos que se os dan en estas aulas, un acertado espíritu de crítica, que si en algo hubiera de pecar debe ser de indulgente para el extraño, de rígido para vosotros. No tengáis vuestro criterio por muy seguro y menos por infalible, porque a la edad en que aquí venís, aún sabiendo mucho, no habeis reunido aún elementos de juicio suficientes, ni se ha desarrollado lo bastante la función intelectual necesaria, ni acaso el órgano de ella encargado. Procurad tener en vuestro estudio perseverancia y diligencia, en vuestra conducta moralidad y austeridad, en toda vuestra vida escolar presente el concepto del tipo humano a que pretendéis subir. Cultivad en todas partes la vocación a aprender. Así, y sólo así, honraris a los profesores, lo que es mucho; a la sociedad, lo que es más; a vosotros, lo que es todo. «Yo soy quien soy», dijo el más sublime maestro. Sólo así podréis influir legítimamente el día de mañana donde os lleve la suerte, donde os llame el destino, afianzareis la existencia del *alma mater* que está sometida en la actualidad a duras pruebas con el nuevo régimen, hareis crecer los laureles de la escuela salmantina, que ha de sufrir quizás aciagos días, y tendreis la satisfacción más grande que puede tener el ser humano: la de decir con justicia, tengo tranquila la conciencia, he cumplido mi deber.

HE DICHO

Junio, 1922.

X640923886

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6401848889



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES





VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO SALAMANCA